



*La araucanización de nuestra pampa.
Los tehuelches y pehuenches.
Los mapuches invasores*



Roberto Edelmiro Porcel

**La araucanización de nuestra pampa.
Los tehuelches y pehuenches.
Los mapuches invasores**

Porcel, Roberto Edelmiro

La araucanización de nuestra pampa : los Tehuelches y Pehuenches.
Los Mapuches invasores. - 1a ed. - Buenos Aires : el autor, 2007.
60 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-05-3818-9

1. Sociología de la Cultura. I. Título
CDD 306

Fecha de catalogación: 27/12/2007

Imagen de tapa:

El rapto de la cautiva. Óleo sobre tela. Mauricio Rugendas. (siglo XIX)

ISBN: 978-987-05-3818-9

Hecho el depósito que determina la ley 11.723.

Esta obra puede ser reproducida con mención del autor y la presente obra.

Impreso en la Argentina.

Roberto Edelmiro Porcel

*Miembro de número de la
Academia Argentina de la Historia*

**La araucanización de nuestra pampa.
Los tehuelches y pehuenches.
Los mapuches invasores**

**Buenos Aires
2007**

Mapuches

Señor Director:

"He leído el artículo de E. Himittian, «La comunidad mapuche pidió la restitución de tierras». Corresponde aclarar, con respecto a los reclamos del llamado Foro de Pueblos Originarios, que a diferencia de los kollas de Salta y Jujuy (170.000 personas), de los chiriguano del Bermejo, de los mbyá de Misiones –unos 3000–, de los guaycurú (tobas, mocovíes, pilagá), unos 82.000, de los matakos (wichí, chulupíes y chorotes), también 82.000, y de nuestros tehuelches (unos 2500), los mapuches no son originariamente argentinos.

"La Araucanía, en Chile, abarcaba, desde el río Bío Bío al Norte, hasta el Tolten al Sur. Los mapuches, cruzando la cordillera, atacaron y vencieron a nuestros indígenas, tehuelches y pehuenches, araucanizando nuestras pampas, imponiendo su lengua mapudungu y arrojando a nuestros naturales al sur del río Negro y este de Buenos Aires. Esta invasión comenzó en el siglo XVIII, se concretó tras la guerra a muerte en Chile (1819/1824) y su dominación duró hasta la campaña del general Roca. Cuando Villegas realizó su campaña en Neuquén, los chilenos, que ya habían terminado la Guerra del Pacífico, atacaron la Araucanía (1883), venciendo a los mapuches y tomando posesión de sus tierras.

"Me causó asombro, cuando me enteré de los reclamos mapuches, que nuestras autoridades no les aclaren que no son un pueblo originario de nuestra tierra."

Roberto Edelmiro Porcel
Edelmiro@fibertel.com.ar

***La araucanización de nuestra pampa. Los
tehuelches y pehuenches. Los mapuches
invasores***

Nuestros verdaderos aborígenes sureños, denominados pámpidos, los tehuelches (selknam u onas, patagones, pampas o puelches y serranos o gүнүna kena) y los pehuenches de Mendoza sur (Malal Hué y el Campanario) y del norte de Neuquén (Río Agrio y Varvarco o Barbarco) vivieron, en la segunda mitad del siglo XVIII y principalmente en el XIX, en un constante enfrentamiento con los indígenas andinos (chilenos), los mapuches (a los que los españoles llamaron araucanos) y los vorogas (también de origen mapuche).

Tehuelches

Según nuestros antropólogos, la Patagonia fue poblada por lo menos 7.000 años antes de Cristo, pero algunos sostienen que sus primeros pobladores se establecieron mucho antes de esa fecha. Los tehuelches o chehuelches habitaron nuestro Sur desde el siglo VI d.c., aproximadamente, y a partir del siglo XVI —que es lo que nos interesa— diferentes pueblos de esta tribu se ubicaron desde la costa sur del Río de la Plata hasta la norte de la isla de Tierra del Fuego.

Los patagones eran pámpidos, hombres de gran estatura (medían alrededor de 1,80 m o más), robustos, de esqueleto poderoso y dolicocefalos, que impresionaron a los expedicionarios de Magallanes por su tamaño, acrecentado por su indumentaria que los hacía parecer aún de mayor altura. Tenían lengua propia. Eran cazadores, vivían principalmente del guanaco (además de su carne utilizaban el cuero para sus ropas y techos de sus toldos, orientados de mayor a menor para el escurrimiento del agua de lluvias), de otros mamíferos menores y de los ñandúes; hasta que apareció el caballo que, además de medio de transporte, de caza y de guerra, formó parte de sus alimentos preferidos. Sobre ríos y lagunas había pescadores, como los querandíes. Los del norte de la isla de Tierra del Fuego y del estrecho de Magallanes, se alimentaban y sacaban buen provecho de las ballenas, cuando el mar las traía a la costa, también cazaban lobos marinos y aves acuáticas. Con la aparición del ganado yeguarizo, los tehuelches comieron su carne asada o hervida, sobre todo en festejos importantes, y aprovecharon sus cueros, que complementaron o reemplazaron a los del guanaco. Preferían la carne de yegua, a la del caballo.

El hombre blanco también los aficionó a los porotos, el arroz, la harina, los bizcochos y al alcohol, que los meridionales (onas y patagones), no conocían originalmente.

Han sido clasificados como septentrionales, los que habitaban originalmente al norte del Río Chubut (pampas o puelches y serranos o *gününa kena*, y meridionales los que poblaban al sur (patagones en el continente y *selknam* u onas, en Tierra del Fuego).

Los pampas o puelches pertenecían a la misma etnia que los querandíes, quienes se establecieron sobre las márgenes de los ríos de La Plata, el Paraná de las Palmas y Paraná Guazú, y la cuenca del Salado. Eran de elevada estatura y muy belicosos.

Compártían la tierra con sus parientes pampas puelches, también de elevada estatura y cara redonda y angulosa, que ocupaban el resto de la provincia de Buenos Aires, íntegramente la provincia de La Pampa, el sur de Mendoza, San Luis y Córdoba y parte de la provincia de Río Negro. Se dividían a su vez en tres grupos: los *taluhets*, los *diuthets* y los *chechets*. Su lengua era la tehuelche, como la de los patagones, pero su dialecto tenía ligeras variantes con respecto a la de aquellos.

Los primeros contactos con el hombre blanco los tuvieron los patagones, cuando la flota de Magallanes, en el año 1520, invernó en San Julián. Terminaron enfrentados para mal de los españoles, ya que de ese modo perdieron la oportunidad de recibir de aquellos los alimentos de la zona. También en 1536, los querandíes chocaron con los hombres del adelantado don Pedro de Mendoza, cuando este fundó Buenos Aires. En el combate de Corpus Christi —llamado así por la fecha en que ocurrió— murió incluso el almirante Mendoza, hermano de don Pedro. A partir de ese momento, también privaron a los conquistadores de la provisión inicial de alimentos y estos pasaron tremendas hambrunas.

En el año 1580, cuando don Juan de Garay refunda Buenos Aires (la primera fundación la efectuó don Pedro de

Mendoza, el 3 de febrero de 1536), para evitar ser encomendados, se adentraron en la tierra hacia el Sur.

Juan de Garay, en 1581, llegó explorando la región hasta el Cabo Corrientes, en la actual Mar del Plata, y años más tarde, en 1604, Hernandarias expedicionó hasta el Río Colorado.

Además también terminaron enfrentados españoles y patagones en 1582, cuando Sarmiento de Gamboa funda sobre Magallanes, Puerto Hambre, en el que aparentemente hubo un solo sobreviviente, que fue quien refirió lo ocurrido.

En el siglo XVI, tras fundarse Buenos Aires, los franciscanos establecieron en Magdalena la primera reducción para los querandíes, que fracasó totalmente. Pasaron muchos años, hasta que en el siglo XVIII, los jesuitas en 1740 fundaron tres nuevas reducciones, una en Mar Chiquita (Nuestra Señora de los Desamparados), otra al sudoeste del río Salado (Concepción) y la tercera en Tandil (Nuestra Señora del Pilar), pero fallaron también en su intento evangelizador, con los pampas y los serranos y las abandonaron definitivamente en el año 1753. En 1751, los franciscanos fundaron una reducción para indios pampas en la zona de Río IV (sur de Córdoba), que también levantaron en 1779.

Recién cuando llegan con Roca los padres salesianos a la Patagonia, y más tarde a Tierra del Fuego, estas misiones tuvieron resultados positivos con los indígenas del Sur. No obstante, ya predominaban entre ellos, en la zona ubicada al norte del Río Negro y en Neuquén, los mapuches, originarios de Chile, quienes perseguidos en su país por el ejército —que al terminar la guerra con Perú y Bolivia ocupó la Araucanía (año 1883)— buscaron un refugio más pacífico, al este de los Andes.

Nuestros tehuelches, por ser cazadores, eran necesariamente nómadas, se movían dentro de un territorio conoci-

do, muy amplio, con variantes en su suelo, pero demarcado en cierto modo por accidentes naturales, que servían como una especie de límites preestablecidos por la costumbre, que no sobrepasaban sin permiso de sus vecinos, ya que las tierras linderas las utilizaban otras familias tehuelches. Esto a pesar de que carecían totalmente del concepto del derecho de "propiedad".

La necesidad cazar hacía que tuvieran que seguir según la estación, dentro de su extenso territorio, al lugar en que se asentaban o movilizaban los guanacos y ñandúes. Para ellos estaba la estación del frío (fines de otoño y el invierno), la de los deshielos y pastos nuevos (nuestra primavera) y finalmente la mejor, cuando los ñandúes empollaban y nacían las crías de guanaco (nuestro verano).

En la actualidad se estima que subsisten unos 1.500 tehuelches meridionales y sólo 700 descendientes de los gñüna kena.

Araucanos

La Araucanía, en Chile, conformó una nación de naturales, probablemente desde el siglo XI d.c., cuya frontera norte (llamada Baja Frontera) era el Río Bío Bío; hasta que los chilenos, terminada la guerra con Perú y Bolivia, impusieron su superioridad militar con su nuevo fusil, equivalente al Rémington del Ejército Nacional, y conquistaron definitivamente las tierras del sur de dicho río (campana del año 1883).

Estaba poblada por los mapuches, denominados picunches (gente del norte), puelches (gente del este), moluches (gente del oeste) y huilliches (gente del sur), según el lugar de su asentamiento dentro de este territorio. En el centro, sobre el río Imperial, estaban los vorogas.

Eran andinos, individuos de baja a mediana estatura y cara casi cuadrada, cráneo braquicefálico, de gran fortaleza física. A diferencia de nuestros indios, eran semisedentarios, ya que, además de cazadores y recolectores, eran cultivadores o agricultores. Tenían como jefe de sus lof un longo, cargo al que se llegaba no por descendencia sino por méritos propios. Los toquis eran los jefes en tiempos de guerra o malones.

Los vorogas o voroganos poblaron la Araucanía, ya que eran mapuches, desde el Pacífico a los Andes, a la altura del río Imperial, al norte de los huilliches, con los que se enfrentaron durante la guerra a muerte en Chile (años 1819-1824). Vencidos, cruzaron la cordillera y, tras malonear en la región de Mendoza y San Luis, atravesaron nuestra pampa y se asentaron en la zona de Epecuén, Carhué y Guaminí, en la provincia de Buenos Aires, donde posteriormente los masacraron los huillichis, con el apoyo y directiva de don Juan Manuel de Rosas.

Allí, en Epecuén, fueron asesinados dos de sus tres caciques principales, Rondeao (o Rondeau) y Melín (o Melian), como luego veremos, en la llamada sorpresa de Masallé (año 1834).

De los asentados en el lugar, sólo se salvó el grupo del cacique Coliqueo, que pudo escapar de la masacre, y tras una unión transitoria con los ranqueles, luego se contó entre nuestros indios leales. De ellos queda su descendencia en la región y pueblo de Los Toldos, en la provincia de Buenos Aires. También sobrevivió con toda su gente el gran cacique mayor Cañiuquir, por tener su asentamiento y toldos, en otro lugar (en Guaminí).

En Chile, la frontera sur de la Araucanía, llamada Alta Frontera, era el río Tolten. Más abajo, los españoles fundaron Valdivia, en el año de 1552, pero esta ciudad fue arrasada por los mapuches en 1598. Los holandeses la ocuparon temporalmente alrededor del año 1643, hasta que los españoles la refundaron en 1645.

En 1826, cuando era la ciudad de la frontera Sur, fue designada por el gobierno chileno capital del distrito o provincia de igual nombre, pero recién adquirió gran empuje en 1851, con la llegada de 600 colonos alemanes, que se asentaron en ella.

Los mapuches frenaron a los incas al norte del río Bío Bío, cuando estos conquistaron Chile. Los guerreros del imperio, que invadieron el territorio chileno en el año 1460, tuvieron que detener su marcha conquistadora en el río Maule, en el año 1485, quedando allí fijada su frontera.

Años más tarde, don Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, fundaría en el año 1541 la ciudad española de Santiago, sobre el río Mapocho.

Con anterioridad, los mapuches también habían rechazado al socio de Francisco Pizarro, don Diego de Almagro, que llegó a la conquista con cerca de 500 españoles, además de los yanaconas del Perú, y fracasó en su empresa de entrar al territorio.

Por su parte don Pedro de Valdivia, siendo gobernador de Chile, perdió su vida a manos de los mapuches, más precisamente del terrible cacique Lautaro, cuando penetró en la Araucanía, que también quiso conquistar. Y Valdivia era lo que se llama un hombre de armas, hecho para la guerra, había sido maestro de armas del licenciado de la Gazca, cuando este enfrentó y venció a Gonzalo Pizarro.

Como si esto fuera poco, Lautaro, su vencedor, aprovechó y aprendió las técnicas de lucha de los españoles y, copiándolos, cubrió a sus hombres con camisas de cuero para proteger su cuerpo durante los combates y celadas de cuero, que los mapuches perfeccionaron años más tarde, cuando los tehuelches y pehuenches, desde el otro lado de la cordillera, los proveían de abundante ganado vacuno. Además cambió sus pesadas mazas por otras más livianas y manejables, y los armó con largas lanzas de cañas, de unos 4 metros de largo. Enseñó a su pueblo la ventaja del caballo, para las confrontaciones guerreras, haciéndolos diestros jinetes. Los españoles fueron sus maestros.

No por nada nuestro general San Martín eligió su nombre para denominar la logia que formó para nuestra independencia, a su llegada al Río de la Plata, en el año 1812 (la Logia Lautaro).

Dada la gran población de la Araucanía, el desdén que tenían frente a la muerte los mapuches, poseedores de un coraje demostrado ininidad de veces para afrontar los tormentos en silencio, se convirtieron en guerreros, si no temibles, que siempre lo fueron, muy difíciles de batir o dominar, incluso por los españoles primero y los chilenos después, que no pudieron vencerlos definitivamente hasta el año 1883, en que usaron los nuevos fusiles alemanes, con el mismo poder de fuego que nuestros Remington.

Los mapuches vestían con una manta de lana, que sujetaban a su cintura con una faja del mismo material y el célebre poncho denominado "poncho pampa", que también

usaban nuestros gauchos, ya que eran excelentes tejedores. Con la aparición del ganado calzaron botas de cuero de potro y/o de vaca, sus mujeres se envolvían el cuerpo con una manta, cruzada por adelante y que sujetaban en sus hombros con largos alfileres de plata, la que sabían trabajar, echándose encima otra manta como capa.

Raptaban (muchas veces en forma simulada o concertada) a sus mujeres, que podías ser varias.

El último levantamiento mapuche en tierra chilena ocurrió en el año 1881.

Chile, por consiguiente, ocupó la Araucanía cuatro años más tarde de la campaña del general Julio Argentino Roca y uno antes de que terminara, en forma definitiva, la última resistencia indígena a la ocupación de Neuquén y Río Negro (el 1º de enero de 1885, cuando se entrega el último de los grandes caciques sureños, Sayhueque, del país de las manzanas).

Manuel Namuncurá (huilliche) lo había hecho un año antes (1884) y José Purrán (pehuenche) había sido capturado en marzo de 1880.

Contactos y enfrentamientos de estas etnias

Estas dos etnias de pámpidos y ándidos sostuvieron variados y permanentes intercambios comerciales desde el siglo XVI, dada la facilidad de las comunicaciones a través de centenares de pasos cordilleranos en Mendoza y Neuquén.

Esto trajo como consecuencia, con el correr de los años, la introducción de los segundos (que pertenecían a la Araucanía, ubicada al oeste de los Andes) en las tierras de los tehuelches y pehuenches, nuestros pobladores originales, que vivían al este de la cordillera.

Esta penetración, al principio, fue amistosa para comerciar las telas y productos mapuches por sal (de la que careció Chile hasta la guerra del Pacífico) y pieles; para comprar ganado en pie (arreos) que efectuaban nuestros aborígenes mediante sus malocas o para malonear en forma conjunta saqueando nuestras pampas.

Ya en 1650, el padre Diego Rosales, que ingresó a Neuquén desde Chile, comprobó que nuestros pampas puelches hablaban tanto su propia lengua tehuelche como la mapu dungu mapuche, lo que demuestra el contacto que a través del comercio y trato, facilitado por los pasos cordilleranos, tenían los aborígenes de ambos lados de la cordillera, de contextura y físicos tan desiguales. También sostuvo Rosales que los mapuches se consideraban superiores a los puelches.

Posteriormente lo hicieron ya en son de guerra contra nuestros naturales (los tehuelches fueron vencidos definitivamente en la batalla de Choele Chel, en 1821), huyendo de Chile como resultado de la guerra a muerte o persiguiéndose y luchando entre ellos mismos. Pero en todas estas últi-

mas oportunidades, ya fue en tren de posesionarse de estas para ellos nuevas tierras, tan pobladas de ganado que saqueaban con destino al otro lado de la cordillera.

Muchas veces, al principio, estas etnias (mapuches, tehuelches y pehuenches) se unieron para malonear, robar en nuestras pampas y arrear ganado yeguarizo y vacuno al oeste de los Andes, donde los negociaban; pero finalmente los mapuches, adueñándose del terreno, incursionaron solos, directamente, para concretar los robos, arreos y negocios por cuenta propia y asentarse en nuestra tierra que araucanizaron al norte del Río Negro, imponiendo su lengua mapa-dungu.

De estos enfrentamientos, por el coraje de nuestros pámpidos al enfrentarlos en sus entradas, cuando no eran pacíficas, proviene la denominación de tehuelches (hombres bravíos), que en su lengua mapu dungu dieron los mapuches a nuestros indígenas, nombre con el que pasaron a la historia.

Cuando nuestras pampas se llenaron de ganado vacuno y caballar, mapuches, pehuenches y tehuelches fueron aliados durante años, para su robo, ya que comercializaban millares de cabezas, tras la cordillera.

De todos modos, la historia de los malones para robar y arriar ganado yeguarizo y vacuno, saquear poblaciones o hacer cautivos es ajeno a este trabajo y no será tratado en el mismo.

Volvamos pues a lo nuestro. Finalmente, como ya hemos dicho, estas etnias se enfrentaron.

Respecto de los tehuelches, tras las batallas de Languineo, Barrancas Blancas, Shótel Naike (en Chubut) —a principios del siglo XIX— y de la batalla del vado de Choele Chel en 1821 (Choel-Choel), vencidos por los indios de la Araucanía (moluches), quienes contaron con el apoyo de milicias trasandinas, debieron renunciar a lo mejor de sus tierras, conquistadas así por los mapuches, y retroceder para instalarse al sur de los ríos Negro y Limay.

La araucanización de nuestra pampa

Los vorogas, a su vez, vencían a nuestros pampas serranos de las zonas de Guaminí, Epecuén y Carhué.

Fue el momento de la araucanización definitiva de nuestras pampas sureñas.

Los tehuelches septentrionales (pampas y serranos), ubicados al noroeste de la provincia de Buenos Aires, debieron buscar refugio en el este de la misma, bajo el mando de caciques como los Catriel o el cacique Cachul, como indios “amigos” y buscando desde el año 1856 –salvo en algunas oportunidades en que nuevamente se aliaron con los mapuches– la protección de los fortines de los gobiernos de la nación y/o la provincia. Lo mismo hicieron los vorogas que sobrevivieron con Coliqueo, que para protegerse de los huilliches, moluches y picunches chilenos, más numerosos, que entraban en grandes oleadas recurrieron muchas veces a la protección de las milicias de nuestros fortines.

Los mapuches y vorogas vencieron a los tehuelches por la ventaja de su gran cantidad de loncos (guerreros), sus largas lanzas y la maestría para luchar a caballo, con sus pechos protegidos con cueros de vaca (que servían principalmente contra las flechas) y muchas veces gracias al apoyo de milicianos chilenos patriotas o guerrilleros realistas, con poder de fuego, frente a la menor cantidad de nuestros pobladores originarios, armados con arcos, flechas, boleadoras, bolas y cuchillos.

Los mapuches llamaron Magna Araucania a la tierra que conquistaron y detentaron, imponiendo en ella su lengua mapu dungu, distinta de la que hablaban nuestros indios originarios.

Combate y matanza de Choele Chel

En el año 1821, estando al frente de Carmen de Patagones (fundada por Francisco de Viedma, con el nombre de Nuestra Señora del Carmen, en 1779), el comandante Calixto Oyuela informó al gobierno de Buenos Aires, a cuyo frente estaba Martín Rodríguez, que un malón de mapuches cordilleranos del Este (moluches), apoyados por tropas regulares de Chile, provista además de artillería, había derrotado a mil ochocientos guerreros tehuelches que los enfrentaron con coraje en el vado de Choele Chel (combate de Choel-Choel), donde murió la mayor parte con sus caciques Ojo Lindo y Anapilco.

En esa época era común que los mapuches o los vorogas actuaran con tropas de patriotas chilenos o guerrilleros realistas, según el bando para el que luchaban en la guerra a muerte que se desarrollaba en Chile.

El vado de Choel-Choel, por otra parte, era fundamental para el control de los arreos de ganado robado, cuando este marchaba con destino a Chile, y marcó en adelante el dominio mapuche definitivo del territorio al norte del Río Negro (se denominaba Entre Ríos al Sur a las tierras entre el Río Negro y El Colorado) y las Salinas en la Pampa, donde se acentó Callvucurá o Calfucura.

Durante el transcurso de la guerra a muerte en Chile, desde 1819 hasta 1824, hubo numerosas inmigraciones de mapuches y vorogas al este de los Andes, que llegaron a las Salinas Grandes, y también los segundos a Sierra de la Ventana, Guaminí y Epecuén, para desde allí malonear en el sur de Mendoza, de San Luis y Córdoba, como así también en la provincia de Buenos Aires.

Los vorogas chilenos sostuvieron continuos enfrentamientos con nuestros indios serranos, de Catriel, Cachul, y otros caciques de esta etnia, que eran los dueños originales y pobladores hasta ese momento, de las tierras donde ellos se asentaron.

El mismo año, en Mendoza, entraron por Melincué dos mil lanzas de moluches (mapuches del oeste), quienes se unieron a los grupos denominados ranqueles, que durante años malonearon en nuestra llamada frontera.

La araucanización producida en el siglo XIX fue tan importante que hoy se estima que los mapuches puros y mestizos, en nuestra tierra, rondan en unas 90.000 personas y no están solo en Neuquén, sino también en La Pampa, Buenos Aires, Río Negro, Santa Cruz y Chubut.

Lamentablemente, aunque tienen iguales obligaciones y derechos que cualquier otro habitante, estos indígenas no se consideran argentinos, sino mapuches y efectúan actualmente reclamos de tierras y posesiones que no les corresponden por no ser un pueblo originario, ante la desidia de nuestras autoridades nacionales y provinciales.

Pehuenches

A su vez, los pehuenches poblaron la zona de Malal Hué, en Mendoza, más al sur en El Campanario (en el límite de Mendoza y Neuquén), en Varvarco (o Barbarco) y al norte del río Agrio, en Neuquén. Vivían en toldos de pieles. Además de ser cazadores, sembraban trigo, cebada y habas. Recogían piñones y manzanas y tuvieron con el correr del tiempo vacas, caballos y ovejas.

Por la cercanía en que se hallaban, comunicados por varios pasos cordilleranos, no es de extrañar que sus mujeres vistieran como las mapuches y ellos también calzaban, como aquellos, botas de cuero de potro, vaca o huemul. Usaban ponchos tejidos de lana.

Eran de temperamento agresivo, copiaron para luchar de sus vecinos cordilleranos los chalecos de cuero de vacas y capacetes de cuero. Su arma preferida eran las boleadoras de distinto tipo. No obstante esa preferencia, utilizaban también lanzas, para pelear de a caballo.

Comerciaban continuamente con los mapuches de la Araucanía, con nuestros indios pampas serranos y los ranqueles.

A pesar de haber adoptado la lengua mapa-dungu —que llegó, como ya he dicho, a ser lengua franca en nuestra pampa—, por sus características étnicas, nada tenían en común con los mapuches. Eran altos y delgados, con rasgos en sus caras completamente distintos. Tenían indiscutidamente origen pámpido (descendían según nuestros antropólogos, probablemente de los huarpes y de los chiquillanes, etnias cuyanas).

En el siglo XVIII, creado el virreinato del Río de la Plata, estuvieron muy unidos y ligados a las milicias mendocinas

y vivieron en continuos enfrentamientos con los mapuches, sobre todo los huilliches, reforzados estos en los últimos años por los ranqueles que fueron también enemigos de los pehuenches mendocinos durante el período virreinal, y entre ellos mismos, enfrentándose los de Mendoza con los de Neuquén.

Cruzaban continuamente a tierras de Chile, por los pasos del Planchón y Pehuenche. Fueron, de nuestros naturales, los que más contacto tuvieron con los mapuches —ya comercial, ya por sus guerras permanentes— de los que adquirieron sus costumbres, sus ropas y sus hábitos.

No obstante ello, realizaron en algunas oportunidades grandes malones, unidos principalmente a los huilliches chilenos, para robar haciendas que pastaban en los campos del sur de San Luis, de la zona de Río IV en Córdoba y a veces llegaron el noroeste de Buenos Aires y al sur de Santa Fe. Sus arrees los pasaban por los pasos cordilleranos y los negociaban en la misma frontera con Chile.

Pero reiteramos, esto no evitaba las guerras continuas de pehuenches con mapuches (principalmente con huilliches y picunches), como tampoco los enfrentamientos entre los mismos pehuenches, los de Malal Hué con los del río Agrio, que duraron años a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

Los ranqueles o ranculches

Este pueblo se estableció alrededor del año 1700, en Leuvucu. No constituía una etnia pura, como los mapuches, los pehuenches y los tehuelches. Por el contrario, había entre ellos originariamente pehuenches y huarpes, a los que se fueron agregando mapuches (huilliches y moluches), vorogas y hasta comechingones cordobeses.

Su cacique más importante, a principios del siglo XIX, fue Llanquetruz o Yanquetruz (tuvieron otro del mismo nombre, que murió peleando con los pehuenches en 1789), que de criatura vivió en Chillán (Chile), y regresó a nuestra tierra recién en 1818. Murió camino a Chile, donde marchaba enfermo, en el año 1838, y fue reemplazado primero por Painé y posteriormente por su hijo Galván.

Su centro de actuación estaba en Leuvuco, el río Chalideufú (Salado), en el norte de la actual provincia de La Pampa y en San Luis, lugares de donde desplazaron a los pampas serranos sus primitivos ocupantes y desde allí asolaban con sus malones y robos, los campos y poblados de San Luis, el sur de Córdoba, el de Santa Fe y el noroeste de Buenos Aires.

Fueron siempre enemigos de don Juan Manuel de Rosas, que así como protegía a los huilliches chilenos de Calfucurá, atacó siempre a los ranqueles y vorogas (también chilenos). Es más, trató sin lograrlo, que estas dos últimas etnias se enfrentaran directamente.

Cuando se realizó, bajo el comando del general Facundo Quiroga, la campaña al desierto del año 1833, los oficiales de Juan Manuel de Rosas, el general Paunero y los coroneles Delgado y Ramos, mandaron las entradas del ejército

porteño. Rosas no combatió, se quedó en Médano Redondo, después llamado Fortín Mercedes, sobre el río Colorado, y desde allí mandó sus tres cuerpos de ejército a la conquista, bajo el comando de los oficiales citados.

Otro tanto hizo Quiroga, que delegó el Ruiz Huidobro la entrada por el centro a tierra de Ranqueles, partiendo desde el Río IV, el que venció a Yanquetruz en Las Acollaradas, batalla donde murieron dos hijos de este cacique. Lamentablemente la victoria no fue aprovechada, ya que por reales motivaciones políticas, pretextando falta de caballería, Ruiz Huidobro no persiguió a la indiada vencida, regresando a Córdoba.

Tampoco el coronel Ramos, que llegó con sus tropas hasta Mendoza, encontró a Yanquetruz y los Ranqueles.

Posteriormente, estos rehechos, continuarán sus correrías de robos, malones y secuestros.

Ocupación de nuestras tierras

En el período virreinal, a fines del siglo XVIII (año 1781), nuestra línea de frontera estaba asegurada por los fuertes de Chascomús, Monte, Luján (donde actualmente está Mercedes), Salto y Rojas y los fortines de Ranchos, Lobos, Navarro y Carmen de Areco.

Ya independientes de España, el brigadier don Cornelio de Saavedra, como inspector de la frontera, envió en 1819 al coronel Feliciano Chiclana a pactar con los caciques ranqueles un tratado de paz que establecía al Río Salado como frontera, pero ninguna de las partes lo cumplió.

Finalmente, después de las campañas de Martín Rodríguez, que fundó **en Tandil el fuerte Independencia** (año 1823), se fundaron tres fuertes fundamentales para la defensa del sur de Buenos Aires. El 3 de enero de 1828 el coronel Escribano instaló el de **Federación (Junín)**, el 14 de enero del siguiente año, el sargento mayor Julián Pedriel construyó el fuerte que llamó **Cruz de Guerra (25 de Mayo)** y el 9 de abril de 1828, el coronel Estomba fundó la **Fortaleza Protectora Argentina (Bahía Blanca)**, alrededor de la cual se asentaron los mapuches chilenos del cacique mayor Venancio Coñuepan (que se decían indios amigos), quien habían llegado con milicias chilenas persiguiendo a los vorogas y los hermanos Pincheira y los tehuelches de los caciques Negro y Chanil, que eran naturales de ese lugar.

Además la población y fuerte más al sur, en nuestra Patagonia, era **Carmen de Patagones**. Cuando el padre jesuita Tomás Falkner publicó en Londres su libro *Descripción de la Patagonia*, la corona española estimó necesario hacer algunas fundaciones en su costa, para evi-

tar el asentamiento de ingleses y/o franceses. Por eso envió a don Francisco de Viedma, quien fundó San José en el golfo de ese nombre. La carencia de agua lo obligó a buscar un nuevo lugar para su asentamiento, que encontró el piloto Basilio Villarino entrando por la boca del Río Negro, por lo que en 1779 Viedma fundó en su costa sur, el fuerte de Nuestra Señora del Carmen. Villarino llegó navegando hasta la isla de Choele Chel.

Posteriormente, por estar en zona inundable, el poblado fundado por Viedma se trasladó a la costa norte. A ella se llegaba en aquellos años solamente en barco. El primero que lo hizo por tierra, al frente de sus tropas, fue el general Ángel Pacheco, en 1833, al mando de la columna Sur del ala izquierda la expedición al desierto. Pacheco llegó hasta el Río Negro y lo remontó hasta Choel-Choel. Fue una campaña dura con muchos enfrentamientos con los indígenas, que fueron vencidos. Rosas ordenó a sus coroneles “no hacer prisioneros”.

El teniente coronel Delgado siguió en cambio la ruta del río Colorado hasta cruzar el Chadileuvú, bordeando el Urre Lavquen y llegando también a la confluencia de los ríos Negro, Neuquén y Limay. La tercer columna estuvo a cargo del teniente coronel Pedro Ramos, que entró más al norte, por tierras de ranqueles y llegó a territorio mendocino.

En esta campaña, murieron muchos más indios que en cualquiera de las otras hecha por nuestras tropas. Según cartas de Rosas, murieron alrededor de 3.200 indios de lanza. Hago esta aclaración al pasar, ya que el tema de las campañas militares al desierto es ajeno a este trabajo.

Pero cabe aclarar que las grandes matanzas de indígenas fueron producto de sus propias guerras tribales y sus continuas venganzas, que respondían a ataques con ataques, a muerte con muertes, o sea ocurrieron como consecuencia de sus enfrentamientos permanentes. En ellas y en la araucanización de nuestras pampas murieron millares de indios de lanza y de

chusma, que cuando no era aprisionada era lanceada, muchas veces sin distinguir siquiera entre hombres, mujeres y niños.

Además, muchos fueron los indios que murieron en los encuentros con la tropa de frontera, cuando entraban a malonear robando ganado, tomando cautivos y matando habitantes de los pueblos y estancias de la campaña.

Los huilliches y muluches o moluches andinos (mapuches) —cuya frontera sur con los pehuenches se estableció en el siglo XIX en nuestro territorio en el río Agrio, en Neuquén— se fueron posesionando desde fines el siglo XVIII y definitivamente en el XIX, después que terminó en Chile la guerra a muerte (año 1824), de nuestra Pampa y las Salinas Grandes, (la llamada por ellos Magna Araucanía), la zona de los carrizales (el Ranquil Mapú) y del oeste de la provincia de Buenos Aires.

En esta ocupación, tuvieron parte muy activa los vorogas, que llegaron maloneando desde la frontera con Mendoza a la zona de Guaminí (laguna del Monte), Carhué y Epecuén (oeste de la provincia de Buenos Aires), donde se afincaron apoyados por guerrilleros realistas, comandados por los hermanos Pincheira y sus oficiales.

En su seguimiento, fueron enviados por el gobierno de Chile varios cientos de lanzas mapuches, a mando del cacique chileno Benancio Cueñepán, enemigo mortal de los vorogas, que entró apoyado por un grupo de soldados patriotas de ese país. Como ya se ha dicho, Benancio se afincó en las proximidades de Bahía Blanca para recibir el amparo de nuestras tropas de la Fortaleza Argentina, contra sus caciques enemigos.

Fue la época en que la tierra de los tehuelches, ya vencidos definitivamente en Choele Chel, fue pasando definitivamente a manos de los mapuches, que además mezclaron su sangre con las mujeres de sus vencidos, al igual que lo hacían con las pehuenches.

Los vorogas (o boroanos)

Los indios vorogas (también etnia mapuche) habían luchado en Chile a favor del rey Fernando VII, enfrentándose a muerte con otras comunidades mapuches que combatieron a favor de los patriotas. Contaron para ello con el apoyo y aporte de fuerzas realistas, entre las que estaban las comandadas por el coronel José Antonio Pincheira. Estas fuerzas militares tenían un buen poder de fuego, del que los vorogas carecían.

Fueron muy perseguidos después del triunfo del general San Martín en Maipú, por lo que procedentes de Boroa (del río Imperial de la Araucanía) cruzaron la cordillera al este acompañados por las tropas realistas de los Pincheira y se instalaron en la zona de Guaminí, pero un grupo importante quedó en Chadileo.

Incursionaron hasta muy cerca de Buenos Aires, atacaron el fuerte de Carmen de Patagones (1829) y mataron a nuestros pampas a la vista y en las puertas del fuerte Fortaleza Protectora Argentina, en la entrada de la misma Bahía Blanca (1830). Expulsaron y lancearon a nuestros pampas serranos de la zona de Guaminí, donde se instalaron.

En el año 1830, la gente de guerra del cacique mayor Cañiuquir sumaba unas 800 “lanzas”, además tenían el apoyo en Guaminí, 80 militares de carrera con armas de fuego, de las hueste de los hermanos Pincheira, al mando del capitán Zuñiga, y poco después recibieron otras 400 lanzas vorogas del cacique mayor Rondreau, enviadas expresamente para poder sujetar a nuestros pampas serranos (tehuelches).

Nuestros patagones (tehuelches), vecinos de la fortaleza de Carmen de Patagones, estaban unidos a sus hermanos

pampas (también tehuelches) –vencidos por los invasores moluches con el apoyo de milicias chilenas y un cañón en la batalla de Choele Chel (1821)–, y la muerte masiva de muchos de los mismos (el comandante Calixto Oyuela calculó que murieron unos 1.800 guerreros tehuelches) permitió el mestizaje de sus mujeres con los mapuches en gran escala. A partir de ese momento, se notó en la descendencia tehuelche del sur del río Negro la pérdida de su piel atezada (enegrecida), que pasaba a ser cobriza.

La abundancia de caza en sus tierras hacía a los patagones más pacíficos que las otras etnias invasoras. Comerciabán habitualmente con los cristianos de la fortaleza de “El Carmen de Patagones”.

La Patagonia y nuestras pampas se araucanizaba con el dominio de los mapuches y el mestizaje de los tehuelches.

Nuestros tehuelches (principalmente los pampas y serranos) y los mismos ranqueles (estos últimos al principio) trataron a los vorogas como lo que eran, indios invasores o intrusos.

En el año 1825, los vorogas hicieron las paces con el gobierno chileno, a cuyo frente estaba Las Heras. Este tratado fue firmado por los caciques principales Rondeau y Cañiuquir y a partir de ese momento eliminaron el peligro de ser atacados por las tropas patriotas chilenas.



La cautiva. Óleo sobre tela. Angel Della Valle (siglo XIX).
(Colección Horacio O. Porcel)



La cautiva, en la tolde. Óleo sobre tela. Pedro Blanqué (siglo XIX). Pcia. de Buenos Aires.
(Colección Horacio O. Porcel)



El rescate de la cautiva. Óleo sobre tela. Mauricio Rugendas (siglo XIX). Firmado y fechado en 1847.
(Colección Horacio O. Porcel)



Indio con cruz. Óleo sobre tela. Angel Della Valle (siglo XIX).
(Colección Horacio O. Porcel)

Año 1830. Matanza de nuestros pampas en Bahía Blanca

En 1830, el cacique pampa Lomo Colorado denunció al coronel Martiniano Rodríguez, jefe de la Fortaleza Argentina, que no se fiase de los Pincheira y sus vorogas, porque pensaban atacar la fortaleza.

Los vorogas, con apoyo de Zúñiga, primero lancearon y sablearon a los indios de guerra de los caciques pampas de Sierra de la Ventana y Sauce Chico. Allí murieron el cacique Curitripay con sus dos hijos, sus capitanejos, el cacique Catrileu y Lomo Colorado.

Poco después de esa lanceada, a la hora del crepúsculo del 26 de septiembre de 1830, Martiniano Rodríguez, si bien no fue testigo visual, percibió con claridad, por el retumbar de los ruidos y gritos que llegaban a sus oídos, el drama de la masacre de los indios pampas amigos que trataban en su huida de buscar el refugio de la fortaleza y caían en sus mismas puertas, ante la impotencia de su jefe que tenía órdenes expresas de Rosas de no confrontar con los vorogas, con los que quería firmar un tratado de paz.

Rodríguez anotó que escuchó los galopes cortos de los lanceros vorogas y soldados pincheiranos y el griterío de la chusma cuando era lanceada o sableada —ruido característico de las persecuciones y de las matanzas que se estaban produciendo de los pampas— sin poder intervenir ni tirar un par de cañonazos, para no contravenir las disposiciones terminantes recibidas de don Juan Manuel de Rosas.

Comprendió, sin poder actuar, la desesperación de los sobrevivientes que intentaban en vano llegar hasta el refugio de la fortaleza.

Pincheiras y vorogas venían de acuchillar a los indios del cacique pampa Tetruel, atacado en el arroyo Curamalál el 25 de septiembre de 1830 (a los demás ya los habían eliminado), a quien dieron muerte y se apropiaron de sus mujeres y de su ganado.

El ataque frente a la fortaleza, esa persecución sin sentido de los vencidos, era una exposición del poder y superioridad que querían demostrar los hombres de Pincheira y los vorogas a los militares acuartelados en la misma, quienes se desesperaban en el cumplimiento de sus órdenes, por no poder salir en apoyo y ayuda de los indios amigos.

Los caciques pampas, Reynagual y Chocori, para salvar su gente, debieron darse a la fuga hacia el sur del río Negro.

Después de esta matanza, Zúñiga mandó una carta a Martiniano Rodríguez informándole la matanza y “pidiendo hipócritamente autorización” para continuar la persecución de los pampas y su chusma. La contestación de Rodríguez, que tenía un valor nada más que aparente, fue la negación ese derecho.

Se había escrito otra página negra de nuestra historia sureña contra nuestros indios originales pampas.

Poco después, el 11 de noviembre de ese año, Toriano, cacique Pehuenche nacido en Chile, maloquió en los toldos de los vorogas para vengar esta masacre y se dio de inmediato a la fuga, causando el hecho una gran indignación a Cañiupir y Rondeau.

Año 1834. Matanza de los vorogas de Masalle

Ya he dicho que en Chile, durante la guerra a muerte, los huilliches y los vorogas fueron mortales enemigos.

En 1834, los huilliches tuvieron la oportunidad, que por supuesto no perdieron, de hacer una gran matanza de los vorogas (matanza de Masallé del 8 de septiembre de 1834), asentados en la región de Epecuén, Carhué y Guaminí. Allí asesinaron a los dos grandes caciques generales voroganos, Mariano Rondeao (o Rondeau) y Melín (o Melián), y masacraron sus tolderías (indios de lanza y chusma).

Los huilliches, en esta acción, actuaron con el visto bueno de don Juan Manuel de Rosas. Este había sido alertado de su ingreso a nuestro territorio, primero por el cacique mayor (mapuche) don Benancio Cueñepán o Coñwepan (ya mencionado), que había cruzado la cordillera en 1827 persiguiendo a los vorogas, y posteriormente por el general Guido, que recibió del gobierno de Chile, por medio de una carta del general Bulnes, el informe del ingreso por pasos cordilleros, de más de dos mil huilliches de lanza. Al frente de los mismos marcharon entre otros caciques, los hermanos Juan Calfucurá y Antonio Namuncurá (a quien no se debe confundir con el cacique Manuel Namuncurá, hijo de Calfucurá).

Como señala el padre Meinrado Hux, en su libro *Caciques borogas y Araucanos*, estos actuaron con el beneplácito de Rosas, quien les permitió su ingreso a nuestras tierras y su asentamiento en las Salinas Grandes, con la condición que atacaran a los vorogas.

Triste autorización. Cumplieron el objetivo buscado por Rosas, que debió mantenerlos desde entonces en las tierras donde les permitió asentarse y, a partir de 1852, el país sufrió

sus continuos robos de millares de cabezas de ganado con destino a Chile, ataque y destrucción de las estancias y poblaciones fronterizas, muerte y cautiverio de sus pobladores.

En otras palabras. Rosas consiguió eliminar a los invasores vorogas y a las milicias realistas de los Pincheiras, que eran un peligro constante y además sus enemigos por sus alianzas con los ranqueles, quienes favorecían a los unitarios en épocas en que estos dominaban con Paz, los Videla, Pringles, Pedernera y Echevarría (o Echeverría), en Córdoba, San Luis y Mendoza (1830/1832). Pero eso lo logró a costa de introducir en las Salinas Grandes, en su reemplazo, a los mapuches huilliches, que resultaron tan depredadores e invasores como los anteriores.

Años más tarde Calfucurá ratificó que habían sido llamados por Rosas (Archivo Mitre, XXII y XXIV, 27/04/1863 y 6/07/1863), quien como premio por esta matanza de vorogas los dejó residir en las Salinas Grandes, alimentándolos con 8.000 cabezas anuales de ganado vacuno y yeguarizo, además de ropa, bebidas, yerba y alimentos, hasta su caída, en 1852.

Calfucurá y los demás caciques huilliches no dudaron en usar sus lanzas para eliminar a sus enemigos tradicionales y asentarse en nuestras pampas. Pero no los enfrentaron lealmente. Mandaron mensajeros desde Chiliué avisando al cacique mayor Mariano Rondeao que venían pacíficamente a comerciar y que traían gran cantidad de mercaderías para dichos fines (lanzas, harina de trigo, habas, paños finos, tejidos, objetos de plata, etc.).

Rondeao se dejó engañar, razón por la que fue les fácil a los huilliches sorprender a los vorogas, que los esperaban en sus toldos como amigos, confiados y desarmados, y matar a todo aquel que se les resistió, sin distinguir hombres, mujeres ni niños, quemando sus toldos y robándoles el ganado y su chusma.

También en ese ataque asesinaron al gran cacique Mariano Rondeao y al cacique mayor Juan José Melín (o Melián).

Los vorogas que se salvaron (salvo los del cacique Coliqueo) debieron desde entonces someterse a los huilliches o agregarse a los ranqueles (con quienes siempre tuvieron excelentes relaciones), sin perjuicio de que poco después los sobrevivientes sufrieron otra masacre.

Efectivamente, por no tener sus toldos con Rondeao y Melín, el tercer y último gran cacique de los vorogas, Juan Ignacio Cañiuquir, se salvó con su gente de la matanza de Masallé. A partir de ese momento Rosas lo presionó constantemente para que atacara y luchara contra los ranqueles, que siempre fueron sus grandes enemigos, prometiéndole por estas acciones su amistad.

Ya en época de la batalla de Las Acollaradas (1833), Rosas le había escrito a Cañiuquir, quejoso contra él mismo, por haberse enterado de que algunas de sus lanzas habían luchado contra Ruiz Huidobro, al lado de Llanquetruz (o Yanquetruz). Además tenía muy presente, y no olvidaba, que aprovechando las luchas de unitarios y federales, en 1831, que lo obligaron a desatender la frontera del indio, Cañiuquir con Rondeau y Yanquetruz (sin intervención de los Pincheira) habían realizado el gran malón a Córdoba de ese año, robando y arreando toda la hacienda que tenía la provincia al sur del Río III y aun más al norte, dejándola sin caballos para montar.

Rosas había enviado al coronel Manuel Delgado para convencer a los caciques vorogas de que solo luchando contra Yanquetruz y los ranqueles podrían continuar en nuestro territorio, pero estos, que los consideraban sus amigos, dilataron en cuanto les fue posible el cumplimiento del encargo.

Después de Masallé, Cañiuquir por su parte se asentó en el arroyo El Pescado (región de la laguna de Monte).

En enero de 1836, Rosas envió a los coroneles Zellarrayán y Francisco Sosa, con los Blandengues de Bahía Blanca, a sorprender las tolderías de Cañiuquir, lo que lograron aba-

tiendo durante el combate en El Pescado novecientos de sus indios (mes de marzo).

Cañiuquir, no obstante, pudo huir, pero finalmente, el 28 de abril de 1836, fue cercado y acuchillado por la tropa comandada por los coroneles Sosa y Rodríguez. Con él murieron trescientos indios de lanza que lo acompañaban en el Paraje Llanguill y además en ese encuentro se tomó prisionera a la chusma de la toltería y muchos caballos, con los que la tropa emprendió el regreso a Guaminí. De ese modo, quedó totalmente eliminado el peligro voroga en nuestras pampas.

Como represalia, Bahía Blanca soportó en agosto de 1837 un tremendo malón de indios mapuches chilenos (principalmente moluches), a cuyo frente marchó el cacique Raylef, de esa nacionalidad.

Masacre en el río Agrio, de los moluches de Juan Raylef

Este cacique chileno, como ya hemos dicho, entró a nuestra tierra para vengar la muerte de dos grandes caciques, Cañiuquir (voroga) y Venancio Coñuepan (mapuche), a manos de otros mapuches (huilliches y vorogas) o con su activa colaboración. Tenía a sus órdenes veintitrés caciques y capitanejos y comandaba a los mapuches del oeste de Chile, o sea los moluches o muluches.

Reunió para su entrada más de mil quinientos indios de lanza. Su hijo, del mismo apellido y distinto nombre, estaba desde hacía tiempo atrás radicado en nuestro país, en el oeste de la provincia de Buenos Aires, en tierras pampas que habían ocupado los vorogas.

Sus lanzas malonearon tomando cautivas y robando gran cantidad de hacienda, en el sur de Córdoba y Santa Fe y zona noroeste de Buenos Aires, pero ante el avance de las tropas enviadas por Rosas para enfrentarlos debieron retirarse en dirección al río Colorado.

Raylef había logrado reunir en estas andanzas miles de cabezas de ganado, que decidió en su retirada trasladar a Chile. Antes de traspasar la cordillera, hizo campamento con su arreo en los territorios **pehuenches del río Agrio**, para dejarlo descansar y pastar.

Allí fue alcanzado, sorprendido y atacado por los indios de lanza de Calfucurá (los huilliches), que venían en seguimiento de su arreo desde Chihué, en apoyo de las tropas de Rosas.

En el combate dieron muerte a Raylef y casi a la totalidad de sus guerreros moluches. De estos, pocos fueron los que lograron fugar al oeste de los Andes. Calfucurá se apo-

deró de su chusma y millares de cabezas de ganado provenientes del saqueo de los malones.

Los moluches, que fugaron tierra adentro (en dirección al este), cayeron en poder de las tropas enviadas por Rosas, que además como castigo atacaron los toldos de su hijo José María, en Tapalqué, acusándolo de haber apoyado la entrada de su padre, causándole entre muertos (más de ochenta) y prisioneros, cerca de cuatrocientas bajas.

Calfucurá

Calfucurá (o Callfucurá o Calvucurá), cacique chileno huilliche —como ya hemos dicho— entró con sus lanzas en 1834 y Juan Manuel de Rosas, por la matanza que hizo de los vorogas, le permitió asentarse en la Salinas Grandes, donde estableció su capital, a la que llamó Chilihué. Allí se autoproclamó cacique general de nuestras pampas, sometiendo paulatinamente a las tribus del desierto, entre ellas a nuestros pampas serranos.

Después de que Rosas fue derrotado por Urquiza (batalla de Caseros), formó una gran confederación indígena. En esa época, él estaba asentado en las Salinas Grandes con una población que superaba la cantidad de trece mil indios chilenos, o hijos de naturales de ese país, en su gran mayoría huilliches. En Neuquén, sobre el Limay, estaba Chocorí y su hijo Sayhueque, cacique del país de las Manzanas. Más al norte y en el sur de Mendoza, se asentaba un huilliche hermano de Calfucurá, también chileno, llamado Reuque Curá, que tenía dos mil loncos (hombres de guerra). En Leuvucó y el Chadileufú estaban los ranqueles de Galván. También al sur del Río IV estaba Baigorrita. Más al este se encontraban los pampas, originarios de estas tierras, ya araucanizados, que tenían sus toldos cerca de los fortines militares de Federación, 25 de Mayo, Tapalqué y Tandil. En el sur de Mendoza y en Neuquén quedaban pehuenches. Finalmente, los tehuelches, ya completamente derrotados desde la batalla de Choele Chel (y las anteriores de Languiño, Sanguer y Shótel Naike), estaban establecidos al sur del río Negro y en los valles de la precordillera, muy mestizados los ubicados más al norte de nuestra Patagonia, con sus invasores mapuches.

Calfucurá comandó un gran malón a Bahía Blanca ese mismo año de 1852 y, en 1855, otro mayor al pueblo de Azul, donde mató a más de trescientos pobladores, tomó gran cantidad de cautivos y se retiró con un gran botín y tremendo arreo. En este malón tuvo la colaboración de los pampas de Catriel y de Cachul.

Bartolomé Mitre, ministro de Guerra de la provincia de Buenos Aires, decidió dar un escarmiento a los indios fronterizos y, el 27 de marzo de ese año 1855, partió con sus tropas contra las tolderías de Cachul, enviando a su lugarteniente, el coronel Díaz, para hacer otro tanto en las de Catriel. Lo sorprendió en Sierra Chica, pero Cachul se defendió ferozmente, no decidiéndose la suerte de la batalla. Mitre se retiró a la espera del refuerzo de las tropas del coronel Díaz, pero estas fueron aisladas por Calfucurá, quien arribó con sus lanzas huilliches en ayuda de los pampas. A duras penas, Mitre logró escapar con vida con sus hombres, huyendo durante la noche en dirección a Azul, con la tropa desmontada para no hacer ruido, marchando él mismo a pie, dejando los fogones encendidos y algunas carpas principales montadas, para que la indiada creyera que permanecían en su campamento.

En 1856 el derrotado por Calfucurá en San Jacinto fue el general Manuel Hornos, pero el gobierno porteño pudo ese año pactar la paz con nuestros pampas serranos, es decir con Catriel y Cachul, pacificando así Azul y Tapalqué. Pasarían algunos años hasta que Catriel nuevamente asolará la provincia unido a Namuncurá, hijo de Calfucurá, hasta caer prisionero en 1878.

Calfucurá envió a su hijo, Manuel Namuncurá, a la ciudad de Paraná, poniéndolo bajo la protección del general Justo José de Urquiza, con encargo de que lo hiciera estudiar en el colegio de Concepción del Uruguay.

Calfucurá llegó a comandar en las pampas alrededor de 20.000 indios. En marzo de 1872 dirigió su último malón,

encabezando a más de seis mil indios de lanza. Atacó la provincia de Buenos Aires, por la zona de 25 de Mayo y 9 de Julio, robando más de doscientas mil cabezas de ganado para arriarlas con destino a Chile, asesinando nuevamente a más de trescientos vecinos y llevándose más de quinientos cautivos.

El general Ignacio Rivas marchó, con alrededor de trescientos cincuenta soldados de línea y otros tantos voluntarios, desde la localidad de Azul a cortar la retirada, llevando también consigo unos mil indios leales. El encuentro tuvo lugar en Bolívar (**Batalla de San Carlos**), el 8 de marzo de 1872, y a pesar de que había tres o cuatro indios de lanza contra cada integrante de sus tropas, en un reñido y sangriento combate cuerpo a cuerpo, logró derrotarlo.

Calfucurá se vio obligado a huir al desierto y murió de forma natural, al año siguiente (1873), quedando como su sucesor, su hijo Manuel Namuncurá. Pero este nunca logró tener sobre la indiada el poder de su padre, lo debió compartir con Pincen (mapuche), Mariano Rosas (ranquel), Sayhueque (país de las manzanas), Purren (pehuenche) y sus propios hermanos.

Sin embargo fue el principal protagonista, con apoyo de Catriel, de los grandes y continuos malones del año 1876.

Masacre de los pehuenches de Malal Hué

Triste fin tuvieron también los guerreros pehuenches de Malal Hué, Mendoza, en manos de los huilliches y guerrilleros realistas llegados de Chile a las órdenes de Hermosilla. Fueron víctimas de sus propios enfrentamientos. La lucha interna por la ambición del mando entre sus caciques Antical y Chocori, por un lado, y el longo general de los pehuenches, Ñeincul, por otro, los llevó al asesinato de este y varios de sus allegados.

Cabe recordar que el cacique Ñeincul había apoyado a San Martín y estaba abiertamente con sus lanzas del lado de los patriotas. Intervino por ello, al producirse su asesinato, el gobierno de Mendoza que, para evitar más luchas internas, designó a Antical como su sucesor (corría el año 1825), pero el cacique Llanca Milla, deseoso de vengarse (lo que entre los indios, tanto pehuenches como mapuches, era una tradición), buscó erradamente para el logro de sus fines el apoyo de sus enemigos tradicionales, los huilliches del cacique Antañir. Este tenía su asentamiento ya en Neuquén, en la costa sur del río Agrio.

Antañir aprovechó la oportunidad que se le brindaba para exterminar a sus enemigos pehuenches y, engañando a Llanca Milla, a quien prometió vengar, logró reunir cinco mil indios de lanzas y doscientos guerrilleros chilenos realistas de Julián Hermosilla. Estos últimos jugaban un rol muy importante, ya que tenían armas de fuego. Así atacaron a los pehuenches, que tenían sus tolderías en Malal Hué, dando muerte a Antical y a todos aquellos que no pudieron escapar, sin distingo alguno de sexo ni edad, y destruyendo totalmen-

te sus toldos. Luego saquearon y robaron, destruyendo todo lo que no podían llevar.

Los pehuenches que se salvaron pidieron socorro a Nicolás Ortiz, jefe del fuerte San Carlos, que concurrió con sus hombres a prestarla. Lamentablemente para ellos, los sobrevivientes fueron engañados por renegados infiltrados, que les hicieron creer que Ortiz los llevaba al fuerte para asesinarlos, por lo que atacaron a los milicianos socorristas y huyeron en Los Funes.

En la desesperación de su fuga, cometieron el error de pedirle asilo a su enemigo y asesino, el cacique Antañir. Este prometió brindárselos, siempre que concurrieran a entregarse a los toldos huilliches desarmados, lo que aceptaron. Una vez allí fueron lanceados sin piedad, no sobrevivieron hombres, mujeres ni niños (murieron en este asesinato aproximadamente un millar, entre lanzas, chusma, mujeres y niños).

Los pehuenches del Campanario y Varvarco, Neuquén, no tuvieron participación en estos hechos y, varios años más tarde, el último cacique de esta etnia que enfrentó al Ejército Nacional fue Purrán, quien tenía bajo su control el traslado de la hacienda vacuna y caballar, producto del robo de los malones, por el paso cordillerano pehuenche.

Esa tierra no llegó a estar bajo dominio mapuche, sino que fue siempre pehuenche. Purrán fue capturado en 1880 por el mayor Rubial de la IV División y su tribu se entregó. Prisionero en Martín García y en Buenos Aires, ocho años más tarde, logró fugar a Chile, donde fue bien recibido por estancieros de la zona de Villa Rica y Pucón, que habían “trabajado” con él en el tráfico de ganado robado en nuestra tierra. Allí murió.

Por último, el 1º de enero de 1885, se entregó voluntariamente al mayor Vidal el gran cacique general Sayhueque (hijo de padre pehuenche y madre tehuelche), del país de las manzanas.

Sayhueque controlaba el paso del río Tromen o Mamuil Malal, que está abierto todo el año, y su territorio al sur de Neuquén limitaba con los tehuelches en el río Limay. Con esto llegó a su fin la campaña del frente de los Andes.

La traición de Naposta

He tratado hasta aquí de referenciar algunas de las muchas luchas de los mapuches contra nuestros naturales (tehuelches y pehuenches), entre ellos mismos (huilliches contra vorogas o moluches) y también las de los pehuenches entre sí, pero creo que no se puede cerrar este trabajo sin referir, para mostrar la personalidad de estos indígenas, la traición de los llamados “indios amigos” a las tropas de Fuerte Argentino, bajo cuyo amparo se habían asentado en busca de refugio, para evitar el ataque de otros caciques enemigos.

Ya hemos visto que los mapuches del cacique Venancio y algunos tehuelches del lugar se asentaron alrededor de la Fortaleza Argentina, como “indios amigos”, para su propia seguridad, evitando de este modo el ataque de caciques rivales.

Queriendo tomar intervención en la guerra civil de 1928-1929, el coronel Andrés Morel, que estaba al mando de la fortaleza, partió en enero de 1929 con sus soldados y los “indios de lanza amigos”, que se ofrecieron como tropas auxiliares para unirse al ejército que había llegado de Brasil, al mando de Juan Lavalle.

Morel fue prevenido por algunos oficiales, a los que no dio crédito, que la indiada estaba inquieta y no era confiable, ya que elementos rosistas se habían infiltrado entre ella y les prometían premios y ventajas, con intenciones de levantarla. Confiado, hizo marchar a sus ciento treinta soldados en columna, de uno en fondo, poniéndose él al frente y llevando más de cuatrocientas “lanzas de indios amigos” a sus costados, que portaban además armas blancas, que él

mismo les había provisto al salir del fuerte. Tan seguro estaba de estos “indios amigos”, que sus coraceros llevaban sus fusiles descargados, colgados a sus espaldas. Pero al llegar al vado del arroyo Napostá, sorpresivamente, toda la indiada se lanzo a un solo grito contra los desprevenidos coraceros, sin darles tiempo a reaccionar, dándoles muerte junto con su jefe y diez oficiales.

Los indios se apoderaron de sus armas y sus caballos, solo se salvaron los capitanes Martiniano Rodríguez y Juan de Dios Montero (chileno) —con algunos hombres que marchaban en la retaguardia— quienes a galope tendido regresaron al fuerte y, a su paso, se llevaron consigo prisionera, para un eventual trueque si quedaban sobrevivientes, a la chusma del cacique chileno Venancio Cañuepan, que estaba asentada a las puertas del mismo.

Lamentablemente, cuando los indios, entre alaridos por la victoria lograda, rodearon la fortaleza; un oficial artillero, el comandante Baille, prohibió cañonearlos para evitar empeorar las cosas y el teniente coronel Narciso del Valle, que había quedado a cargo de ella, trató de negociar un trueque de prisioneros, ya que la indiada traía consigo a un sargento y alrededor de veinte soldados heridos.

A pesar de las prevenciones de sus hombres, Del Valle aceptó bajo la presión del enemigo, a fines de dicho canje, ser el primero en poner en libertad a la chusma retenida, en lugar de hacer un cambio simultáneo. Cuando esta estuvo libre, a la vista de los que estaban en la fortaleza, los indios, en vez de cumplir su parte, mataron a todos sus prisioneros, menos al sargento, quien se salvó por haber sido enviado al fuerte como intermediario en la negociación.

Afortunadamente, los indios por temor al cañoneo no se atrevieron a atacar el fuerte y días después se retiraron.

Conclusión

Terminaba el año 1879 y los territorios donde había imperado la lanza y el malón se transformaron de inmediato. Era increíble ver —según nos narra Estanislao Zeballos— cómo, de un año a otro, el Sur y el Oeste bonaerense se convertía en un territorio surcado por el arado, poblado de inmediato, al imperar la paz, por colonos y gente de trabajo.

Independientemente de ello, este artículo tiende a demostrar los continuos y sangrientos enfrentamientos indígenas y que los mapuches no fueron pobladores originales del este de los Andes (Argentina), sino del oeste (Chile), que ocuparon nuestro territorio, en su mayor parte en el siglo XIX, venciendo y desalojando a nuestros naturales, tehuelches y pehuenches, sus reales ocupantes originarios, favorecidos por su número y mayor cantidad de indios de lanza, sin perjuicio que muchas veces lo hicieron también con el aporte de milicias patriotas chilenas o guerrilleros realistas del mismo origen (los pincheiras y sus lugartenientes), portadores de armas de fuego.

Son sí, sin ninguna duda, un pueblo originario del Arauco (Chile), que siempre defendieron, antes, durante y después de la conquista y colonización española. En 1460 evitaron que los incas pasaran del río Maule al Sur. En 1535 hicieron otro tanto con Diego de Almagro. E igualmente lucharon en defensa de su territorio, hasta darle muerte, contra don Pedro de Valdivia, fundador en 1541 de Santiago de Chile, quien murió en la Araucanía intentando establecer varios fuertes o poblados.

Los que hoy viven en nuestro suelo, la mayoría con asentamientos llegados posteriormente a la campaña del desierto, tienen los mismos derechos y obligaciones que cualquier otro

argentino. No les corresponde por consiguiente reivindicar ni un metro de nuestro territorio nacional, invocando la falsa calidad de “pobladores originarios”, porque no lo son ni lo fueron.

Veamos qué es un pueblo originario. Conforme al **“Convenio sobre poblaciones indígenas y tribales”** (aprobado por la O.I.T. en 1957) es el que descende de poblaciones que habitaban en el país o una región geográfica de éste en épocas de la conquista y colonización. En nuestro caso, los pobladores originarios de estos territorios son los tehuelches y los pehuenches. La **“Subcomisión para la prevención de la discriminación y protección de las minorías, comunidades, pueblos y naciones indígenas”** los remite también para considerarlos tales a la conquista y colonización hispana. La **Ley Nacional 23.302** define a las “comunidades indígenas” como grupos de familias descendientes de poblaciones que habitaban nuestra patria durante la conquista y colonización. Finalmente el **artículo 75, inciso 17, de la Constitución Nacional** es claro y terminante: “Garantiza el respeto a su identidad, el derecho a la educación bilingüe y la posesión y propiedad comunitaria de las tierras que tradicionalmente ocupan” solo a los pobladores originarios. Su redacción difiere de la de 1853, ya que ahora no era necesario como entonces “proveer a la seguridad de las fronteras y conservar un trato pacífico con los indios”.

Por otra parte, la historia nos muestra que fueron mucho más cruentas e importantes las matanzas efectuadas entre los mismos indígenas mapuches, tehuelches y pehuenches —en sus continuas guerras, luchas, traiciones y venganzas—, que las muertes producidas en la Campaña del Desierto del general Roca, iniciada en abril de 1979, que no encontró mayor oposición armada a su paso hasta el río Negro, ya que los mapuches invasores de pocos años atrás, se retiraban sin dar combate al oeste, buscando la frontera chilena, e incendiando los campos que abandonaban ante el avance de sus tropas.

La araucanización de nuestra pampa

Roca agregó 15.000 leguas de campos para nuestra agricultura y ganadería y gracias a él se pudo vivir en adelante sin la amenaza continua del robo permanente del ganado y la angustia de la muerte o el rapto que acompañaban las lanzas de cada malón.

Fe de erratas

Debe leerse:

Pág. 27, 3º Parr., 8 renglón: 1828

Pág. 47, 3º Parr. 1º Y 2º renglones: 1828-1829

Pág. 49, 4º Parr., 1º renglón: ascendientes

Pág. 50, 2º Parr. 6º renglón: 1879

Pág. 53, Hajduk, Adan: antecedentes

Hux Meinrado, Padre: Caciques

Bibliografía

- Allende, Isabel: *Inés del alma mía*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2006.
- Barros Arana, Diego: *Historia general de Chile*, tomo I, 1º reimp. de la 2º ed., Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2005.
- Bernal, Irma y Mario Sánchez Proaño: *Los tehuelches y otros cazadores australes*, Buenos Aires, Búsqueda Yuchán, 1988.
- Bruniard, Enrique, “El escenario geográfico”. En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Bruno Cayetano S. D. B.: *Los salesianos y las hijas de María Auxiliadora en la Argentina*, vol. I, Buenos Aires, Instituto Salesiano de Artes Gráficas, 1981.
- Canclini, Arnoldo: *El fueguino. Jemmy Button y los suyos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998.
- Cardich, Augusto y Alicia Castro, “La Patagonia continental”. En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Crivelli, Eduardo, “La región pampeana”. En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Crivelli, Eduardo, “Población y sociedad: Las sociedades indígenas”. En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, tomo IV, Buenos Aires, Planeta, 2003.
- Ercilla y Zuñiga, Alonso de: *La Araucanía*, Buenos Aires, Kapelusz, 1989.
- Fernández, Jorge: “El coronel Pincheira y los indios realistas de la pampa”, *Nuestra Historia*, N° 49-50, 2000.
- Fotheringham, Ignacio H: *La vida de un soldado. Reminiscencias de la frontera*, Buenos Aires, Ediciones Ciudad Argentina, 1998.
- Gutiérrez, Eduardo: *Croquis y siluetas militares*, Buenos Aires, Edivérm, 2005.
- Hajduk, Adan, “Algunos antecedente arqueológicos de los mapuches en la Argentina”. En: *Cultura mapuche en la Argentina*, Buenos Aires, Ministerio de Cultura y Educación, Instituto Nacional de Antropología, 1982.
- Hux Meinrado, Padre: *Cacique borogas y araucanos*, Buenos Aires, El elefante blanco, 2004.
- Hux Meinrado, Padre: *Cacique pehuenches*, Buenos Aires, El elefante blanco, 2004.

- Hux Meinrado, Padre: *Cacique Puelches, Pampas y Serranos*, Buenos Aires, El elefante blanco, 2004.
- Irianni, Marcelino, "Los Catriel. Una dinastía de medio siglo". En: Raúl J. Mandrini (editor), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del Sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2006.
- Jiménez, Juan Francisco, "Llanketruz. El sino de un 'corsario'". En: Raúl J. Mandrini (editor), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del Sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2006.
- Maeder, Ernesto, "La Argentina aborigen: introducción". En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Mandrini, Raúl y Sara Ortelli, "Las Fronteras del Sur". En: Raúl J. Mandrini (editor), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del Sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2006.
- Mansilla, Lucio V.: *Una expedición a los indios ranqueles*, Buenos Aires, Ed. Kapelusz, 1966.
- Molinari, Ricardo Luis, "Conquista del Desierto". En: Nicolás J. Gibelli (director), *Crónica histórica argentina*, tomo 4, Buenos Aires, Códex, 1968.
- Nardi, Ricardo, "Los mapuches en la Argentina: esquema etnohistórico". En: Instituto Nacional de Antropología, *Cultura mapuche en la Argentina*, Buenos Aires, Ministerio de Cultura y Educación, 1981.
- Oquera, Luis y Ernesto Piana, "El extremo austral del continente". En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, tomo II, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Outes, Félix F. y Carlos Bruch, *Los aborígenes de la República Argentina*, Buenos Aires, Editorial Estrada, 1951.
- Pérez Amuchástegui, A. J., "Los Milicos". En: Nicolás J. Gibelli (director), *Crónica histórica argentina*, tomo 4, Buenos Aires, Códex, 1968.
- Pérez Izquierdo, Gastón, "Adolfo Alsina, caudillo y civilizador de la pampa". En: Academia Argentina de la Historia, *Anales 2005-2006*, Buenos Aires, Dunken, 2006.
- Porcel, Roberto Edelmiro. "Nuestros Indios Sureños", *Nueva Provincia*. Argentina, 29/09/06.
- Prado, Manuel: *Conquista de la pampa. Cuadros de la guerra de Frontera*, Buenos Aires, Taurus, 2005.
- Ras, Norberto: *La guerra por las vacas*, Buenos Aires, Galerna, 2006.
- Salcedo, Susana y Marta Méndez, "La biodiversidad amerindia". En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Planeta, 1999.

La araucanización de nuestra pampa

- Santamaría, Daniel: "Territorio y población: La sociedad indígena". En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, tomo IV, Buenos Aires, Planeta, 2003.
- Schobinger, Juan, "Las tierras cuyanas". En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Varela, Gladys y Carla Manara, "Feliciano Purrán. El señor de los Andes". En: Raúl J. Mandrini (editor), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del Sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2006.
- Vezub, Julio E., "Don Valentín Sayhueque. El gobernador indígena de Las Manzanas". En: Raúl J. Mandrini (editor), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del Sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2006.
- Villar, Daniel, "Juan de Dios Montero. La corta vida errante de un criollo entre los indios". En: Raúl J. Mandrini (editor), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del Sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2006.
- Zeballos, Estanislao S.: *Episodios en los territorios del Sur (1879)*, [Estudio preliminar de Juan Guillermo Duran], Buenos Aires, Elefante blanco, 2004.
- Zeballos, Estanislao S.: *Viaje al país de los araucanos*, Primera Parte, Buenos Aires, Librería Hachette, 1960.

Llamamos pueblos originarios a los que descienden de poblaciones indígenas que habitaban en la Argentina, en épocas de la conquista y colonización española. Por consiguiente, en nuestro Sur tenemos dos.

Nuestra pampa, desde la costa sur del Río de la Plata, Paraná de las Palmas y Guazú, la Patagonia y la costa norte de Tierra del Fuego, estaba poblada por los tehuelches, que se caracterizaban por ser pámpidos, de muy alta estatura, tener cráneos dolicocefalos y cuerpos poderosos.

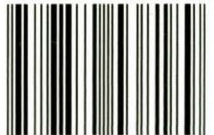
Denominamos meridionales a los que poblaban al sur del Río Neuquén, los patagones y selknam de Tierra del Fuego, y septentrionales, a los del norte, o sea los pampas o puelches y los serranos o gñüna kena.

A su vez, en el sur de Mendoza, (Malal Hué y El Campanario), y en el norte de Neuquén, sobre el río Agrio y Varvarco (o Barbarco), habitaban los pehuenches, descendientes de huarpes y chiquillanes, etnias mendocinas. Eran huárpidos, altos, delgados y muy guerreros.

Por su parte, los mapuches (a los que los españoles llamaron araucanos) eran un pueblo originario de Chile. Poblaron la Araucanía, que se extendía desde el Río Bio-Bio, al norte, hasta el río Tolten al sur, el Pacífico al oeste y los Andes al este. Sus características físicas son totalmente distintas a las de nuestros indios sureños. Son ándidos, de mediana o baja estatura, cráneo graciquefálico y cuerpo delgado, pero fuertes.

Estos mapuches araucanizaron nuestras pampas, cruzando la cordillera al amparo de sus lanzas y muchas veces de milicias de Chile o guerrilleros realistas, atacando a nuestros tehuelches y pehuenches, a partir del nacimiento de nuestro virreinato (1776), pero ocupándolas masivamente, durante y después de la guerra a muerte en Chile, que duró desde el año 1818 hasta 1824.

ISBN 978-987-05-3818-9



9 789870 538189